

malos ojos los esfuerzos de Bacon y lo tuvo recluso durante mucho tiempo en su celda. No obstante, con una voluntad de hierro y con un extraño convencimiento de que poseía la verdad, prosiguió el estudio de las ciencias naturales y la construcción de aparatos cuyas extraordinarias propiedades explicó minuciosamente al Papa. Entre estos inventos estaba uno que obsesionó a la Edad Media y cuya obsesión pasó al Renacimiento: el poder construir un aparato que permitiera descender al fondo de las aguas.

Al excelente libro de divulgación de Westacott sólo le podemos objetar que se haya olvidado de la política. Bacon intuyó que la estructura social tiene una importancia decisiva en orden a la elaboración científica y es el primer medieval que aplica un criterio científico natural más o menos arbitrario a la jerarquización de la sociedad. No merece, sin duda, su obra en este sentido que se la llame, como alguna vez se ha hecho, la primera utopía científico-política de Occidente, pero, sin duda, tiene interés bastante para que en un libro de esta índole se le dediquen por lo menos unos párrafos. Es, sin duda, excesiva la parcialidad con que se ha visto la obra de Bacon, aunque tal vez está justificada por ser el sector más importante que hay que divulgar y sobre el que caían mayores sombras e incompreensión. El lector puede leer al final una bibliografía en la que se citan las obras más conocidas acerca de Bacon y de la historia científica de Occidente. Sin embargo, es lamentable que falten algunos artículos de Revista que han contribuido tanto o más que los libros a arrojar luz sobre el extraño precursor medieval.

E. T. G.

ZIMMERMAN, Carle C.: *Patterns of Social Change. A Survey of the Main Ideas of the Greatest Sociologists*. Annals of American Sociology. Public Affairs Press, Washington, D. C., 1956; 36 págs.

Este breve trabajo de Zimmerman, cuyo rumbo intelectual en Sociología ha sido importante en el tema de la familia, del cambio social (*Outline of Social Change*, 1946) y sociología urbana y rural en colaboración con Sorokin, es una sucinta recopilación, a vista de pájaro casi, de las principales teorías del cambio social desde el nacimiento oficial de la Sociología hasta el presente. Esto no quiere decir, sin embargo, que no existan menciones de autores clásicos, desde Heráclito y Zósimo en conexión con Spengler a San Agustín en relación con Sorokin. No obstante, dos cosas son de primer interés en esta monografía: la afirmación de los problemas del cambio social y de la dinámica de la sociedad como tema principal de la sociología moderna y su clasificación, conforme a tal cuestión, de toda la sociología en tres grandes bloques: los evolucionistas lineales del siglo pasado, los dicotomistas que acaban con Pareto en 1923 y los tres tipos de reacciones a los últimos que ha producido nuestro siglo:

1) Los existencialistas, la escuela más popular en términos de seguidores. 2) Los pesimistas, articulados por Spengler; y 3) Los realistas, esencialmente representados por Toynbee y Sorokin. Y viene aquí bien decir que el autor, indudablemente atraído por este último grupo, se encuentra en dificultad, dado que de los tres grandes tratadistas del problema en los últimos años sólo Sorokin es sociólogo.

El tratamiento de la Sociología en el siglo XIX es realmente somerísimo y abigarrado. Comprende a Comte, Spencer, Bagehot, Gumpowicz, Ratzel, Sumner, Tylor, Morgan, Gobineau, Bukle, Ward, De Maistre, Le Play, Nietzsche, Maine y, desde luego, una ligera explicación del influjo de la filosofía de Hegel. Dos son las características de la Sociología en el siglo XIX, que se preocupó grandemente del cambio social como fenómeno cultural y que estuvo de acuerdo con la filosofía general coetánea. Intelectualmente, empero, era especiosa y falsa, ya que suponía que un agente libre —la sociedad— se movería en una sola dirección, y en cuanto a fundamentación histórica, sus ideas eran las más simplistas que se han conocido.

Un segundo y tercer grupo de teóricos aparecieron casi simultáneamente: los abreviadores y opositores de las teorías anteriores. Los primeros son los dicotomistas, esto es, Durkheim, Tönnies, Weber y Pareto. Los existencialistas son los que prefieren ignorar el problema, es decir, los que aceptan la vida como parece ser y se refugian en palabras, abstrusos análisis de «sistemas sociales» y una verbosa Sociología cuya razón es la misma Sociología. La escuela sintética, o real, está representada por Spengler, Toynbee y Sorokin.

Sería inútil extenderse en esta recensión, mayormente cuando el autor no lo hace en su trabajo, en el examen detenido de las dicotomías, *gemeinschaft* y *gesellschaft*, solidaridad orgánica y mecánica, *kurwille* y *freiwillige*, actos lógicos y no-lógicos. Queden, al menos, mencionadas.

La repugnancia de Zimmerman por lo que él llama existencialismo sociológico es indescriptible. Entre sus características están: 1) La fe en lo abstruso. 2) La fe en el dominio del empiricismo estadístico hasta el punto de la exclusión de la lógica aristotélica. 3) La adhesión a las sociologías puramente formales y clasificatorias; y 4) La aparición de la Sociología como fin en sí. Y en relación con esto, Zimmerman critica de pasada la teoría popularísima del «retraso cultural». Esta teoría, dice, es la teoría marxista del cambio social diluída y aguada hasta hacerla perder inocuamente toda apariencia de conexión con el marxismo.

Las teorías sintéticas, realistas o rítmicas están precedidas, después de Vico, por Brooks Adams, Flinders-Petrie y Corrado Gini. La obra de Spengler, antes filosófica que histórica, es fundamentalmente pesimista y originariamente alemana, no proveniente de Danilevsky, como ha afirmado Timasheff hace poco. El autor relaciona, por diversas razones, a Spengler con Zósimo, y asimismo, aunque parcialmente, con el existencialismo, ya que Spengler niega la posibilidad de comprensión entre las grandes civilizaciones. Oswald Spengler si-

que usando el organicismo y la «causación inmanente» del siglo XIX, aunque el primero relativamente cambiado. El sistema de Toynbee con su proceso constante de *challenge-response* en el ciclo vital de cada civilización es explicado con algo más de detalle que el del común de los autores tratados en este folleto, si bien no con tanta como el de Sorokin. Toynbee, dice Zimmerman, tiene muchos puntos de contacto con Orosio.

Sorokin, amigo, colega y colaborador del autor del libro que estoy reseñando, ya había hablado del tema del *ricorso* histórico en la primera página de su *Sociología de la Revolución* (1925), y consecuentemente no hay lugar a controversia sobre la prioridad de los estudios de Sorokin o Toynbee. Es más, si Toynbee es mejor en cuanto a método histórico, Sorokin es superior en cuanto a análisis sociológico. Es casi obvio detenerse en las piedras pilares del sistema del autor ruso-americano. Sus métodos de integración, su análisis de la *personalidad* como interacción significativa entre individuos, de la *cultura* como totalidad de los significados, valores y normas poseídos por las personas y los vehículos que ayudan la interacción y la *sociedad* como la totalidad de las personalidades en interacción, su teoría sociológica de los límites y sus conceptos polares de culturas ideacionales y sensatas, con las varias intermedias y especialmente la ideal, son bien conocidas en España. La comparación con un historiador clásico aquí puede hacerse respecto a San Agustín.

Personalmente, yo noto ciertas omisiones, de las cuales la de Alfred Weber es casi imperdonable. Por lo demás, me parece que el autor está tan identificado con Sorokin que en ocasiones uno cree estarlo leyendo al pasar las páginas de esta monografía. Monografía, acabo, que es a lo más un esbozo del problema, tratado sin demasiada profundidad y rigor.

SALUSTIANO DEL CAMPO